

CAPITULO XIV.

Nuevo desembarque en Campeche.—Las Bocas de Conil.—Se avistan las costas de Cuba.—El Marien.—Llegada á Jaruco.—Mal recibimiento de Velásquez á Grijalva.—Emigra éste á Nicaragua, y muere en manos de los indios.

Las vasijas de agua eran pequeñas y sin cubierta, lo que hacía que pronto se consumiese; y tanto por esto, cuanto por que iban á entrar por una costa en la que no sabían en dónde encontrar agua potable, acordaron bajar á tierra en Campeche. Anclaron los navíos como á media legua de este puerto, y en los botes desembarcaron varios capitanes con gente suficiente para hacerse respetar, si por acaso la población del lugar se mostraba hostil.¹

Sucedió como sospechaban, pues apenas desembarcados, encontraron algunos indios que por señas les indicaron que, si agua querían, la encontrarían más adelante: avanzaron, y llegados al lugar señalado, lós invitaban á internarse más; y así, de lugar en lugar, los fueron introduciendo cándidamente al bosque, hasta que quedaron en medio de una emboscada. Cuando menos lo pensaban vieron salir como trescientos indios armados que pretendieron coparlos; pero allí el valor castellano mostró su heroísmo, porque, apenas se vieron sitiados y en

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 535.

inminente peligro de caer prisioneros, se arrojaron con denuedo sobre los indios, y, á pesar de que ya se habían multiplicado, los hicieron huir por todos lados. Comprendieron inmediatamente el engaño de que habían sido víctimas, y sin demora se retiraron á la playa, á tiempo justamente que el capitán Grijalva, por su lado, venía en su auxilio con el resto de la gente. Se encontraron ambos piquetes, y, ya reforzados, permanecieron tres días proveyéndose de agua y de maíz, que encontraron muy bueno y abundante en unas sementeras circunvecinas. Fué tanto el maíz que cargaron, que les duró todo el resto del viaje, y aun les sobraba cuando llegaron á Cuba.

El 8 de Septiembre de 1518, se dieron á la vela, y pretendieron echarse á la alta mar; pero después de algunos días de camino, se encontraron con bajos y arrecifes que les metieron miedo de zozobrar, y los indujeron prudentemente á volver á costear el litoral de Yucatán, como antes lo habían hecho. Con este propósito, tomaron rumbo para buscar tierra; y, después de algunos tanteos y muchas sondas, vinieron á salir al puerto de «El Palmar». No se detuvieron, sino que, ejecutando su propósito, siguieron la costa hasta llegar á las Bocas de Conil. El viento, sin embargo, poco los favorecía, y, aunque ya padecían escasez de agua, tenían impaciencia de llegar, y no quisieron detenerse en ningún punto de la costa noreste de Yucatán. El miércoles, 28 de Septiembre, reconocieron con grande regocijo las costas de Cuba y el lugar denominado «El Marien», que les auguraba el pronto y feliz término del viaje.

En efecto, fué así, porque al otro día avistaron el puerto de Carenas, y con la impaciencia natural de saber algunas noticias del estado de Cuba y especialmente del viaje de Pedro de Alvarado, Grijalva no esperó entrar al puerto, sino que, apenas se vió cerca de tierra y distinguió una estancia ó rancho en la costa, tomó un bote, y bajó para averiguar lo que deseaba. Supo que Alvarado había llegado con el navío bastante averiado, pero con toda su gente salva. Cuando hubo conversado á su gusto, quiso volver á embarcarse, pero los navíos habían desaparecido de la vista. Cualquiera otro menos atrevido, se hubiera desconcertado; mas él, con desenfado, se metió al bote, y se echó á la mar en busca de sus navíos. Anduvo todo el día y la noche hasta alcanzar otra estancia denominada «Chipiona»; allí desembarcó de nuevo y pidió noticias de sus buques, de que nadie le dió razón; y ya se aprestaba á volverse á embarcar, cuando á las diez de la mañana se distinguieron los navíos, y aprovechando la fortuna, se apresuró á embarcarse en ellos para seguir su viaje. No quiso entrar en ninguna otra estancia, y dando bordadas, al fin de la tarde del 4 de Octubre, al ponerse el sol, entró en el puerto de Jaruco. El 5 de Octubre en la mañana desembarcó toda la gente, tomando cada cual el camino que le plugo: unos cuantos se quedaron acompañando al capitán Grijalva en Jaruco, y pocos le siguieron hasta Matanzas, adonde se trasladó el 8 de Octubre de 1518.

Allí encontró al capitán Cristóbal de Olid que acababa también de arribar de un viaje de exploración que Velásquez le había ordenado hacer á cau-

sa de la inquietud que tuvo por el retardo de Grijalva. Olid había visitado la isla de Cozumel y recorrido la banda del norte de Yucatán, mientras Grijalva estaba en Tabasco y en la costa de Veracruz.¹

Volviéronse, pues, casi al mismo tiempo, á Cuba, Alvarado, Olid y Grijalva, y todos contaban maravillas de los países descubiertos. Grijalva, desde Matanzas, y en compañía de Cristóbal de Olid, se embarcó para Santiago de Cuba, capital entonces de la isla, para ir á dar cuenta de la expedición. Él se sentía contento y satisfecho; había obedecido exactamente las instrucciones de Velásquez tan exactamente que Las Casas asegura «que no hiciera, cuanto á la obediencia, y aun cuanto á la humildad y otras buenas propiedades, mal fraile.» Pero á veces los superiores no se conforman con el mal éxito de sus órdenes, y, con tal de conseguir triunfos, habrían deseado ser desobedecidos; á veces también, quieren que se adivinen sus intenciones; y otras, prefieren subalternos que modifiquen á discreción su pensamiento cuando las circunstancias lo imponen. Tal fué Velásquez, que, con las nuevas de la riqueza y favorables condiciones de las tierras descubiertas, hubiera deseado que en ellas se hubiese fundado población; y como Grijalva no lo había hecho, por acatamiento á sus órdenes, le pareció torpe y pusilánime; y, en vez de recibirle con atención expresiva y cariñosa, ó siquiera con muestras de consideración, le mostró mal talante, le reprendió, y aun le afrentó de palabra.

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 536.

El resultado de la expedición disgustó á Velásquez: de los informes recibidos deducía que hubiera sido útil poblar las tierras descubiertas, y, aunque él había dado instrucciones de no poblar, parecióle que en este punto hubiera sido mejor que Grijalva contrariase sus órdenes. Esto fué suficiente para que Grijalva quedase perdido. Nada pudo salvarlo de la desgracia, hasta el punto de haber tenido que emigrar de Cuba á la provincia de Nicaragua, donde murió á manos de los indios, guerreando con ellos en el valle de Ulanche.¹

¹ Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 445.

CAPITULO XV.

Preparativos de la tercera expedición.—Diego Velásquez preocupado con el nombramiento de comandante de la expedición.—Se fija en Baltazar Bermudez, pero la arrogancia de éste le hace desistir.—Los parientes de Velásquez pretenden el destino.—Perdida la esperanza de obtenerlo, insinúan el nombre de Vasco Porcallo.—Vacilaciones de Velásquez.—Amador de Lares y Andrés de Duero le indican á Cortés.—Nombramiento de Cortés.—Nuevas vacilaciones de Velásquez.—Hernán Cortés sale furtivamente de Santiago de Cuba con la flota.—Asombro de Velásquez.

No obstante la molestia de Velásquez, tan injusta en el fondo, pues que Grijalva no había hecho otra cosa que cumplir fielmente sus instrucciones, no por ello se desalentó y renunció á todo proyecto de excursión y conquista. Léjos de ésto, se enardeció más, y fundó lisonjeras esperanzas para el porvenir, en el avasallamiento de nuevos territorios. Aun antes de la llegada de Grijalva, y á las primeras noticias traídas por Alvarado, ya comenzó á pensar en aprestar otra armada; y, apenas llegó Grijalva, envió á la corte al padre Benito Martín, con encargo de referir las noticias del nuevo descubrimiento, y presentar hermosos lingotes de oro, como muestra de la portentosa riqueza de las comarcas visitadas por Grijalva.

En tanto que el padre Martín emprendió su largo viaje á Europa á cumplir la misión de Velásquez, y á pedir para sí que le nombrasen abad de